

guna vez de ésta, espero que presente en la tribuna el acta de acusación de monsieur Baroche. (*Aclamación prolongada.*)

Prosigo.

Hé aquí, pues, ese proyecto, señores, que llamais ley. No! No es una ley! No! y pongo por testimonio á la honradez de las conciencias que me escuchan, eso no será jamás una ley de mi país.

¿Quereis que os diga lo que esto es, señores? Es una protesta de nuestro gobierno contra nosotros mismos, protesta que está en el corazón de la ley y que ayer oísteis salir del corazón del ministro.

Una protesta del ministro y sus consejeros contra el espíritu de nuestro siglo y el instinto de nuestro país; es decir, una protesta del hecho contra la idea; de lo que no es más que la materia del gobierno contra lo que es la vida; de lo que no es más que el poder contra lo que es la virtud; de lo que debe pasar contra lo que debe permanecer; una protesta de algunos hombres efímeros, que solo pueden disponer del minuto que vuela, contra la gran nación y contra el inmenso porvenir.

Además de ser esta protesta pueril, es fatal. No os asociareis á ella, señores; comprendereis el peligro y rechazareis esa ley.

Así lo espero. Los perspicaces de la mayoría—y el día que quieran contarse con detenimiento, se verá que son los más numerosos,—los perspicaces de la mayoría acabarán por convencer á los más ciegos y retendrán á tiempo un poder que se pierde. Y tarde ó temprano, de esta gran Asamblea, destinada á encontrarse un día cara á cara con la nación, se verá surgir el verdadero gobierno del país.

El verdadero gobierno del país no es el que nos propone tales leyes.

Señores, en un siglo como el nuestro, para una nación como la Francia, después de tres revoluciones que han hecho surgir un sinnúmero de cuestiones capitales de civilización dentro de un orden inesperado, el verdadero gobierno, el buen gobierno, es aquel que acepta todas las condiciones de desarrollo social, que observa, estudia, explora, experimenta; que acoge la inteligencia como auxiliar y no como á enemigo, que ayuda á la verdad á salir de la confusión de los sistemas, que se sirve de todas las libertades para fecundizar todo germen de potencia, que aborda de buena fé el problema de la educación del niño y del

trabajo del hombre. El verdadero gobierno es aquel al que no ofende la luz que crece sin cesar, aquel al que no asusta el engrandecimiento del pueblo.

El verdadero gobierno es aquel que pone en la orden del día, para que se profundicen y discutan con satisfacción, las cuestiones urgentes y graves del crédito, del salario, de las huelgas, de la circulación, de la producción y del consumo, de la colonización, del desarme del ejército, del malestar y del bienestar del pueblo, de la riqueza y de la miseria, todas las promesas de la Constitución; en una palabra, la gran cuestión del pueblo.

El verdadero gobierno es el que organiza y no el que oprime; el que se pone al frente de todas las ideas y no el que excita los rencores. El verdadero gobierno de Francia, en el siglo diez y nueve, no, no es, no será jamás el que retrocede.

Señores, en tiempos como los presentes tened cuidado con las retrogradaciones. Se os habla mucho del abismo, del abismo que está allí, con la boca abierta, oscuro, terrible; del abismo en que puede caer la sociedad; y, en efecto, señores, existe un abismo, pero no delante de nosotros, sino detrás, y no adelantais, retrocedéis hácia él.

El porvenir, al que insensata reacción nos conduce, está tan próximo y visible, que se pueden indicar desde el presente sus formidables contornos.

Escuchad! Aun es hora de detenerse.

En 1829 se hubiera podido evitar 1830, y en 1847 se hubiera podido evitar 1848, con solo haber escuchado á aquellos que decían á las dos monarquías: ¡Ved el abismo!

Señores, tengo el derecho de hablar así. A pesar de mi oscuridad, aconsejé hasta donde pude á las dos monarquías con lealtad, aunque inútilmente, pero con el más ardiente y el más sincero deseo de salvarlas. (*Clamores y negación en la derecha.*)

Lo negais? Voy á citaros un dato.

Leed mi discurso del 12 de Junio de 1847 en la Cámara de los pares. M. de Montalembert debe recordarlo.

Esta es la tercera vez que aconsejo, y temo que por tercera vez se desoigan mis palabras. Hombres y ministros que nos gobernais, y al hablar así me dirijo, no solo á los ministros que veo en ese banco, sino á los ministros anónimos, porque en este momento hay dos clases de gobernantes: los que se exhiben y los

que se ocultan, y no ignoramos que el señor presidente de la República es un Numa que tiene diez y siete Egerias (*Explosión de risas*) (1); ministros, ¿sabeis lo que haceis? á dónde vais? No lo sabeis, pero yo os lo diré.

Esas leyes que nos presentais, esas leyes que arrancais á la mayoría, antes de tres meses serán ineficaces; ¿qué digo ineficaces? agravantes para la situación.

En la primera elección que intentéis, en el primer ensayo que hagais del manoseado sufragio, volverá, y de modo que quedeis cogidos en ella, la confusión de la reacción. Esto en cuanto á la cuestión electoral.

En cuanto á la prensa, algunos periódicos arruinados ó muertos enriquecerán con sus despojos á los que sobrevivan. Hoy están los periódicos irritados y fuertes, pero ¡oh admirable efecto de vuestra ley! en tres meses doblareis su fuerza; bien es verdad que también habreis doblado su cólera.

En cuanto al derecho de reunión, las Asambleas populares serán reabsorbidas por las sociedades secretas. Hareis entrar lo que desea salir. Repercusión inevitable. En lugar de la sala Martel y de la sala Valentino, en donde estais presentes en la persona de vuestro comisario de policía; en lugar de esas reuniones al aire libre, en donde todo se evapora, tendreis doquiera focos misteriosos de propaganda en donde todo se exacerbará, en donde lo que no era más que una idea se tornará pasión, en donde lo que no era más que cólera se trocará en odio.

De este modo sereis castigados con vuestras propias leyes, sereis heridos con vuestras propias armas.

Los principios se levantarán de todas partes contra vosotros, cuya persecución les hará fuertes, cuya indignación les hará terribles.

Entonces direis: "El peligro se agrava. Hemos castigado el sufragio universal sin conseguir nada. Hemos castigado el derecho de reunión sin conseguir nada. Hemos castigado la libertad sin conseguir nada. Precisa extirpar el mal en su raíz."

Y entonces, impulsados irresistiblemente como los antiguos poseídos, subyugados, arrastrados por la más implacable de todas las lógicas, la lógica de las faltas cometidas bajo la presión de la voz fatal que os gritaría: Adelante! adelante siempre! qué hareis?...

(1) La comisión que proponía la ley en connivencia con el presidente se componía de diez y siete miembros.

Me detengo aquí. Soy de los que aconsejan, pero me impongo el silencio cuando el consejo puede parecer injuria. Hablo en este momento solo por deber y con aflicción. No quiero sondear un porvenir que quizás esté muy cerca.

No quiero oprimir dolorosamente y hasta el agotamiento de las conjeturas las consecuencias de todas vuestras faltas cometidas. Me detengo. Pero digo que es espantoso para los buenos ciudadanos ver empeñarse al gobierno en seguir una pendiente que conduce al precipicio: he visto á más de un gobierno descender esta pendiente, pero á ninguno remontarla. Digo que ya sufrimos, los que no somos gobierno, los que somos nación, bastantes imprudencias, bastantes reacciones, bastantes torpezas, que se cometen por exceso de habilidad, y bastantes locuras, que se cometen por exceso de sagacidad. Estamos cansados ya de muchos hombres que nos pierden bajo pretexto de salvarnos. No queremos más revoluciones. Porque así como todo el mundo puede ganar con el progreso, nadie puede ganar con las revoluciones. Deseo que esto sea claro para todos. Hora es ya de acabar con las eternas declamaciones que sirven de pretexto á todos los atentados contra nuestros derechos, contra el sufragio universal, contra la libertad de imprenta, y hasta, como lo pueden atestiguar ciertas aplicaciones del reglamento, contra la libertad de la tribuna. En cuanto á mí, no cesaré de repetirlo y aprovecharé para ello todas las ocasiones; en el estado en que se encuentra hoy la cuestión política, si existen revolucionarios en la Asamblea, seguramente no están á este lado. (*El orador indica la izquierda.*)

Hay verdades sobre las que conviene siempre insistir y ponerlas con frecuencia ante los ojos del pueblo; en el momento actual, los anarquistas son los absolutistas; los revolucionarios, los reaccionarios. (*Inexplicable agitación reina en la Asamblea.*)

En cuanto á nuestros adversarios jesuitas, en cuanto á esos celadores de la Inquisición, en cuanto á esos terroristas de la Iglesia, que tienen por todo argumento objetar con el 93 á los hombres de 1850, hé aquí lo que les digo: "Cesad de arrojaros en cara el terror y aquellos tiempos en que se decía: ¡Divino corazón de Marat! divino corazón de Jesús! Nosotros no confundimos á Jesús con Marat. No confundimos la libertad con el terror, como no confundimos el cristianismo

con la sociedad de Loyola; como no confundimos la cruz del Dios cordero y del Dios espíritu con la siniestra bandera de Santo Domingo; como no confundimos el divino suplicio del Gólgota con los verdugos de Cévennes y de la Saint-Bartelémy, ni con los fabricantes de cadalsos de Hungría, de Sicilia y de Lombardía; como no confundimos la religion, nuestra religion de paz y de amor, con esa abominable secta, doquier disfrazada y doquier conocida, que, despues de haber predicado la muerte de los reyes, predica la opresion de las naciones; con esa secta, que ajusta sus infamias á las épocas que atraviesa, haciendo hoy con la calumnia lo que no puede hacer con la hoguera; con esa secta, que mata las famas porque no puede quemar á los hombres, que difama el siglo porque no puede difamar al pueblo; con esa secta, odiosa escuela de despotismo, de sacrilegio y de hipocresía, que dice beatamente cosas horribles, que mezcla máximas de muerte con el Evangelio y que envenena la pila de agua bendita. (Movimiento prolongado. Una voz en la derecha: ¡Enviad al orador á Bicetre!)

Señores, reflexionad con patriotismo. Me dirijo en este momento á la mayoría verdadera que ha esclarecido más de una vez á la falsa mayoría; á esa mayoría que no admite la ciudadela ni la retroaccion en la ley de deportacion; á esa mayoría que acaba de reducir á la nada la ley de alcaldes; á esa mayoría que puede salvar al país es á quien yo hablo. No pretendo convencer aquí á los teóricos del poder que lo exajeran y que, exagerándolo, lo comprometen; que ejercen el arte de la provocacion para tener el placer de ejercer en seguida el de la comprension (Risas y bravos), y que, porque han arrancado algunos árboles de las calles de Paris, se imaginan tener bastante fuerza para arrancar la prensa del corazon del pueblo. (Bravo! bravo!)

No pretendo convencer á esos hombres de Estado del pasado, infiltrados despues de treinta años de todos los viejos virus de la política; ni á esos personajes fervientes que excomulgan á la prensa en masa, que ni se dignan distinguir la buena de la mala, y afirman que el mejor de los periódicos no equivale al peor de los predicadores. (Risas.)

No me dirijo á esos espíritus extremos y cerrados. Me dirijo á vosotros, legisladores natos del sufragio universal, que, á pesar de la funesta ley recientemente votada, sentís la majestad de vuestro

origen, y os conjuro á que reconozcais y proclaméis en votacion solemne, votacion que será un decreto, el poder y la santidad del pensamiento.

En la tentativa contra la prensa está en peligro la sociedad.

¿Qué golpe se pretende dar á las ideas con tal ley y qué es lo que pretenden? Comprimirlas? son incompresibles. ¿Circunscribirlas? son infinitas. Ahogarlas? son inmortales.

Son inmortales! Un orador de ese lado lo negó un dia, bien lo recordareis, en un discurso contestándome. Decia que las ideas no eran inmortales, sino los dogmas, porque las ideas son humanas y los dogmas son divinos. ¡Las ideas son tambien divinas! y sin disgustar al orador clerical... (Violenta interrupcion en la derecha. M. de Montalembert se agita.)

EN LA DERECHA: Al orden! ¡Esto es intolerable! (Gritos.)

EL PRESIDENTE: ¿Creeis que M. de Montalembert no es representante lo mismo que vos? (Ruido.) Las personalidades están prohibidas.

UNA VOZ EN LA IZQUIERDA: ¡El Presidente acaba de despertarse!

M. CHARRAS: ¡No duerme más que cuando se ataca á la revolucion!

UNA VOZ EN LA IZQUIERDA: ¡Dejais insultar á la República!

EL PRESIDENTE: La República no sufre y no se queja.

VÍCTOR HUGO: No supuse, ni por un momento, que mi calificacion pudiera parecer una injuria al honorable orador á quien la he dirigido. Pero si la cree una injuria, me apresuro á retirarla.

EL PRESIDENTE: La calificacion me pareció inconveniente.

(M. de Montalembert se levanta para contestar.)

VOCES EN LA DERECHA: Hablad! ¡Hablad!

EN LA IZQUIERDA: ¡No os dejéis interrumpir, M. Víctor Hugo!

EL PRESIDENTE: M. de Montalembert, dejad terminar el discurso; no interrumpais; ya hablareis despues.

VOCES EN LA DERECHA: Hablad! ¡Hablad!

VOCES EN LA IZQUIERDA: No! No!

EL PRESIDENTE (á M. Víctor Hugo): ¿Consentís en dejar hablar á M. de Montalembert?

VÍCTOR HUGO: Consiento.

EL PRESIDENTE: Consiente M. Víctor Hugo.

M. CHARRAS y otros miembros: ¡A la tribuna! A la tribuna!

EL PRESIDENTE: Está frente á vosotros!

M. DE MONTALEMBERT (desde su asiento): Digo de mí, señor Presidente, lo que deciais há poco de la República. A través de todo este discurso, dirigido sobre todo contra mí, ni sufro ni me quejo.

VÍCTOR HUGO: El honorable M. de Montalembert se engaña al suponer que es á él á quien se dirige este discurso. No es á él personalmente á quien yo me dirijo, sino á su partido. Y en cuanto á su partido, puesto que él mismo me provoca á esta explicacion, precisa que le diga...

M. PISCATORY: Él no ha provocado.

EL PRESIDENTE: Es verdad, no ha provocado.

VÍCTOR HUGO: ¿No quereis, pues, que conteste? Quereis, sí ó no, que conteste? Entonces escuchad!

VOCES DIVERSAS EN LA DERECHA: Nada se os ha dicho, y nosotros no queremos que digais que se os provoca.

EN LA IZQUIERDA: Sí! sí! ¡hablad, hablad, M. Víctor Hugo!

VÍCTOR HUGO: No apercibo á M. de Montalembert de los peligros que amenazan á la pátria, pero sí que apercibo á su partido. Y en cuanto á éste, ya que quiere que lo diga, conviene mucho que sepa...

ALGUNAS VOCES EN LA DERECHA: No lo ha solicitado.

VÍCTOR HUGO: Ya que quiere que lo diga, conviene mucho que sepa...

EL PRESIDENTE: M. de Montalembert nada ha pedido; nada teneis, pues, que contestar.

EN LA IZQUIERDA: ¡Son ellos los que retroceden ahora! ¡Temen que no contesteis! Hablad!

VÍCTOR HUGO: ¿Consiento en ser interrumpido y no me dejais contestar? Esto es un abuso de la mayoría. ¿Qué me ha dicho M. de Montalembert? que yo hablaba contra él. Pues bien, le contesto, tengo el derecho de contestarle y vosotros teneis el deber de escuchar.

VOCES EN LA DERECHA: Cómo!

VÍCTOR HUGO: Sin duda alguna es vuestro deber. (Muestras de asentimiento en todas partes.)

Tengo el derecho de contestarle que no es á él á quien me dirigia, sino á su partido, y en cuanto á su partido, conviene mucho que sepa que los tiempos en que podia ser un peligro público han pasado.

VOCES EN LA DERECHA: Pues bien, entonces dejadle tranquilo.

EL PRESIDENTE (al orador): No estais dentro de la discusion de la ley.

UN MIEMBRO DE LA EXTREMA IZQUIERDA: El Presidente distrae al orador.

EL PRESIDENTE: El Presidente procura que el orador se cifa á la cuestion.

VÍCTOR HUGO: Esto es una opresion! La mayoría me ha invitado á contestar. Quiere, sí ó no, que conteste?

Me es imposible aceptar la cuestion así colocada. No, no he hecho un discurso contra M. de Montalembert. Quiero y debo explicar que no es contra monsieur de Montalembert contra quien he hablado, sino contra su partido.

Ahora debo decir, puesto que me provocan...

EN LA DERECHA: No! No!

EN LA IZQUIERDA: Sí! Sí!

VÍCTOR HUGO: Debo decir, ya que me provocan... (En la derecha: No! no!—En la izquierda: Sí! Sí!)

EL PRESIDENTE (dirigiéndose á la derecha): Evidentemente sois vosotros en este momento los indisciplinados de la Asamblea.

MUCHOS MIEMBROS DE LA DERECHA: No! no!

VÍCTOR HUGO (dirigiéndose á la derecha): ¿Exigís, sí ó no, que permanezca bajo el peso de una inculpacion de M. de Montalembert?

EN LA DERECHA: No os ha inculcado.

VÍCTOR HUGO: Repito por tercera, por cuarta vez, que no puedo aceptar la situacion en que M. de Montalembert quiere colocarme. Si quereis impedirme á la fuerza contestar, ¡está bien! sufriré la violencia y bajaré de la tribuna; pero si no es así, debéis dejar que me explique. Pues bien; he dicho á M. de Montalembert que no era á él á quien me dirigia, sino á su partido. Y en cuanto á ese partido... (Nueva interrupcion en la derecha.) Callais? (Restablécese el silencio. Prosigue el orador.) Y en cuanto á ese partido, ya que he sido provocado á explicarme sobre su conducta; en cuanto á ese partido, que está fuera de la reaccion y sin embargo es el alma de la reaccion; en cuanto á ese partido, en cuyo concepto la idea es una contravencion, la lectura un delito, la escritura un crimen, la imprenta un atentado; en cuanto á ese partido, que nada comprende de este siglo y del que tampoco es; que fulmina hoy la fiscalizacion sobre nuestra prensa, la censura sobre nuestros teatros, el anatema sobre nuestros libros, la represion sobre nuestras ideas, la represion sobre nuestros progresos, y que en otro

tiempo fulminó la proscripción sobre nuestras cabezas; en cuanto á ese partido de absolutismo, de inmovilidad, de imbecilidad, de silencio, de tinieblas, de embrutecimiento monacal; en cuanto á ese partido, que sueña para la Francia, no el porvenir de Francia, sino el pasado de España; á pesar de llamar con satisfacción sus títulos históricos á la execración de los hombres; á pesar de querer renovar sus viejas doctrinas, enmohecidas de sangre humana; á pesar de ser muy capaz de todas las asechanzas en lo que respecta á la justicia y al derecho; á pesar de ser el partido que ha conspirado siempre y el que siempre ha aceptado en todos los tiempos y en todos los lugares en los cadalsos la función de verdugo disfrazado; á pesar de deslizarse traidoramente en nuestro gobierno, en nuestra diplomacia, en nuestras escuelas, en nuestra urna electoral, en nuestras leyes, tenga entendido que los tiempos en que podía ser un peligro han pasado ya.

Enervado, reducido al recurso de hombres pequeños y á la miseria de pequeños medios; obligado á usar para atacarnos de la libertad de imprenta, que quiere matar, ¡y que mata! (*Aplausos*); herético en los medios que emplea, condenado á apoyarse, con respecto á la política, en volterianos que le ridiculizan, y con respecto á la banca en judíos que le quemarian de buena gana; balbuceando en pleno siglo diez y nueve el infame elogio de la Inquisición, entre indiferencias y sonrisas, el partido jesuita no puede ser entre nosotros más que un objeto de asombro, un accidente, un fenómeno, una curiosidad, un milagro, si esta palabra le place (*Risa universal*), una cosa extraña y deforme como una oxifraga que volara en pleno medio día, que causa horror, pero no miedo. Que lo conozca y que sea más modesto; no le tememos! El partido jesuita no matará la libertad, no podrá conseguirlo, porque ahora brilla demasiado el sol. (*Grandes aplausos.*)

Lo que tememos y nos hace temblar, lo que nos infunde miedo, es ese juego peligroso del gobierno, que no tiene el mismo interés que ese partido, pero que le sirve, empleando contra las tendencias de la sociedad todas las fuerzas sociales.

Señores, tenedlo presente en el momento de votar ese proyecto insensato.

Hoy, las artes, las ciencias, las letras, la filosofía, la política, los tronos que se transforman en repúblicas, las naciones

que tienden á convertirse en familias, los hombres de instinto, los hombres de fé, los hombres de génio, las masas; hoy todo se encamina al mismo fin, por el mismo camino, con velocidad siempre creciente, con la armonía terrible que revela el impulso directo de Dios.

El movimiento en el siglo diez y nueve no es solo el movimiento de un pueblo, es el movimiento de todos los pueblos. Francia vá delante y las naciones la siguen. La Providencia nos dice: ¡Id! y sabe á dónde vamos.

Pasamos del mundo viejo al mundo nuevo.

¡Ay de los gobernantes que sueñan en detener á la humanidad en su marcha y obstruir el camino á la civilización! Han reflexionado bien lo que hacen? ¿Se dan cuenta de la catástrofe que puede ocasionar, el horrible Fampoux (1) social que preparan, cuando en medio del más prodigioso movimiento de ideas del género humano y en el momento en que el inmenso y majestuoso convoy pasa á todo vapor, ponen furtiva, ruin y miserablemente semejantes leyes bajo las ruedas de la prensa, que es la formidable locomotora del pensamiento universal?

Señores, creedme; no nos deis el espectáculo de la lucha de las leyes contra las ideas. (*Bravo! en la izquierda. Una voz en la derecha: ¡Que cueste á Francia 25 francos este discurso!*)

Y á este propósito, como conviene que conozcáis plenamente cuál es la fuerza que ataca y empuja el proyecto de ley; como conviene que podáis juzgar de los cambios de fortuna que puede tener en sus empresas contra la libertad el partido del miedo—porque existe en Francia como en Europa un partido del miedo,—que es el que inspira la política de compresión; como conviene que sepáis á dónde os llevan, permitidme que os dirija las últimas palabras.

En la crisis que atravesamos, crisis útil despues de todo y que se desarrollará bien en mi concepto, gritase de todos lados: El desórden moral es inmenso, el peligro social es inminente.

Quién es el que produce este estrago? quién es el culpable? ¿á quién se debe condenar? ¿á quién precisa castigar? El partido del miedo en Europa dice: Es Francia. En Francia dicen: Es Paris. En Paris dicen: Es la prensa. El hombre frio que observa y piensa dice: El culpable

(1) Recuerda el autor la catástrofe del ferro-carril de Fampoux.

no es la prensa, no es Paris, no es Francia; el culpable es el espíritu humano. El espíritu humano que ha fundado las naciones; que desde el origen de las cosas escruta, examina, discute, debate, duda, contradice, profundiza, afirma y persigue sin descanso la solución del problema eterno que Dios propuso á la criatura. Es el espíritu humano que, sin cesar perseguido, combatido, oprimido, atacado, desaparece para reaparecer, y que pasando de una tarea á otra, toma sucesivamente de siglo en siglo la figura de todos los grandes agitadores. Es el espíritu humano que se ha llamado Juan Huss y que no ha muerto en la hoguera de Constanza; que se ha llamado Lutero, y que ha estremecido á la ortodoxia; que se ha llamado Voltaire, y que ha estremecido la fé; que se ha llamado Mirabeau, y que ha estremecido el trono. Es el espíritu humano que, desde que la historia existe, ha transformado las sociedades y los gobiernos conforme á una ley cada vez más aceptada por la razón; que fué la teocracia, la aristocracia, la monarquía, y que hoy es la democracia. Es el espíritu humano, que ha sido Babilonia, Tyro, Jerusalén, Atenas, Roma, y que hoy es Paris; que ha sido alternativamente y algunas veces en absoluto error, ilusion, heregía, cisma, protesta y verdad. Es el espíritu humano, que es el gran pastor de las generaciones, y que, resumiendo, ha marchado siempre hácia lo justo, hácia lo verdadero y lo bello, ilustrando las multitudes, engrandeciendo las almas, dirigiendo más y más la cabeza del pueblo hácia el derecho y la cabeza del hombre hácia Dios.

Pues bien; me dirijo al partido del miedo, no al de esta Cámara, sino al que está en todas partes de Europa, y le digo: Mirad mucho lo que vais á hacer; reflexionad la obra que emprendéis, y antes de intentarla, medidla. Supongo que tengáis buen éxito. Cuando hayáis destruido la prensa aun os quedará algo que destruir: Paris. Cuando hayáis destruido Paris, aun os quedará algo que destruir: Francia. Cuando hayáis destruido Francia, aun os quedará algo que matar: el espíritu humano.

Repito que debe medir la inmensidad de la tarea que, en su heroísmo, quiere emprender el gran partido europeo del miedo. Tenia que aniquilar la prensa hasta el último periódico, Paris hasta el último adoquin, la Francia hasta la última aldea, y no habria hecho nada. Quedaria todavía por destruir algo que

siempre está en pié sobre las generaciones, y, en cierto modo, entre el hombre y Dios; algo que ha escrito todos los libros, inventado todas las artes, descubierto todos los mundos, fundado todas las civilizaciones; algo que adquiere siempre, bajo la forma revolucion, lo que se le rehusa bajo la forma progreso; algo que es incorpóreo como la luz, inaccesible como el sol, y que se llama el espíritu humano. (*Un gran número de miembros de la izquierda dejan sus asientos y se acercan á felicitar al orador. Suspéndese la sesión.*)

REVISION DE LA CONSTITUCION (1)

17 Julio 1851.

M. VÍCTOR HUGO: Señores, no puedo menos de renovar las reservas hechas ya por otros oradores antes de aceptar este debate. En la situación actual, y habiendo sido eliminados más de cuatro millones de electores, por más que la ley de 31 de Mayo esté en vigor—resultado que no quiero calificar desde esta tribuna,—estando el sufragio universal suprimido de hecho, aunque de derecho exista, hemos de dirigir á los autores de las proposiciones diversas presentadas estas preguntas:

Cuál es la verdadera cuestión?

Qué pedís?

La revision constitucional?

Por quién?

Por el soberano?

Dónde está?

No le vemos.

¿Se redactó una Constitución por medio del sufragio universal, y quereis derrocarla por medio del sufragio restringido?...

¿Lo que edificó la nacion soberana, quereis que lo derribe una fracción privilegiada?

(1) Con intencion de perpetuar su poder, proponia Luis Bonaparte la revision constitucional. Victor Hugo la combatia.

Este discurso fué pronunciado despues del notable de M. Michel de Bourges acerca del mismo asunto.

Parecia ya agotado el debate despues de haber usado de la palabra el representante del Cher, cuando Victor Hugo le reanimó, abriendo nuevos horizontes á la discusión. M. Michel de Bourges habia usado de gran templanza y miramientos, por lo que fué escuchado con calma. Victor Hugo, dejando toda precaucion oratoria, planteó la cuestión en su verdadero terreno y atacó de frente á la reaccion. Despues de él se terminó la discusión, no sin antes haberla desviado de su terreno M. Baroche.

La proposicion fué rechazada.